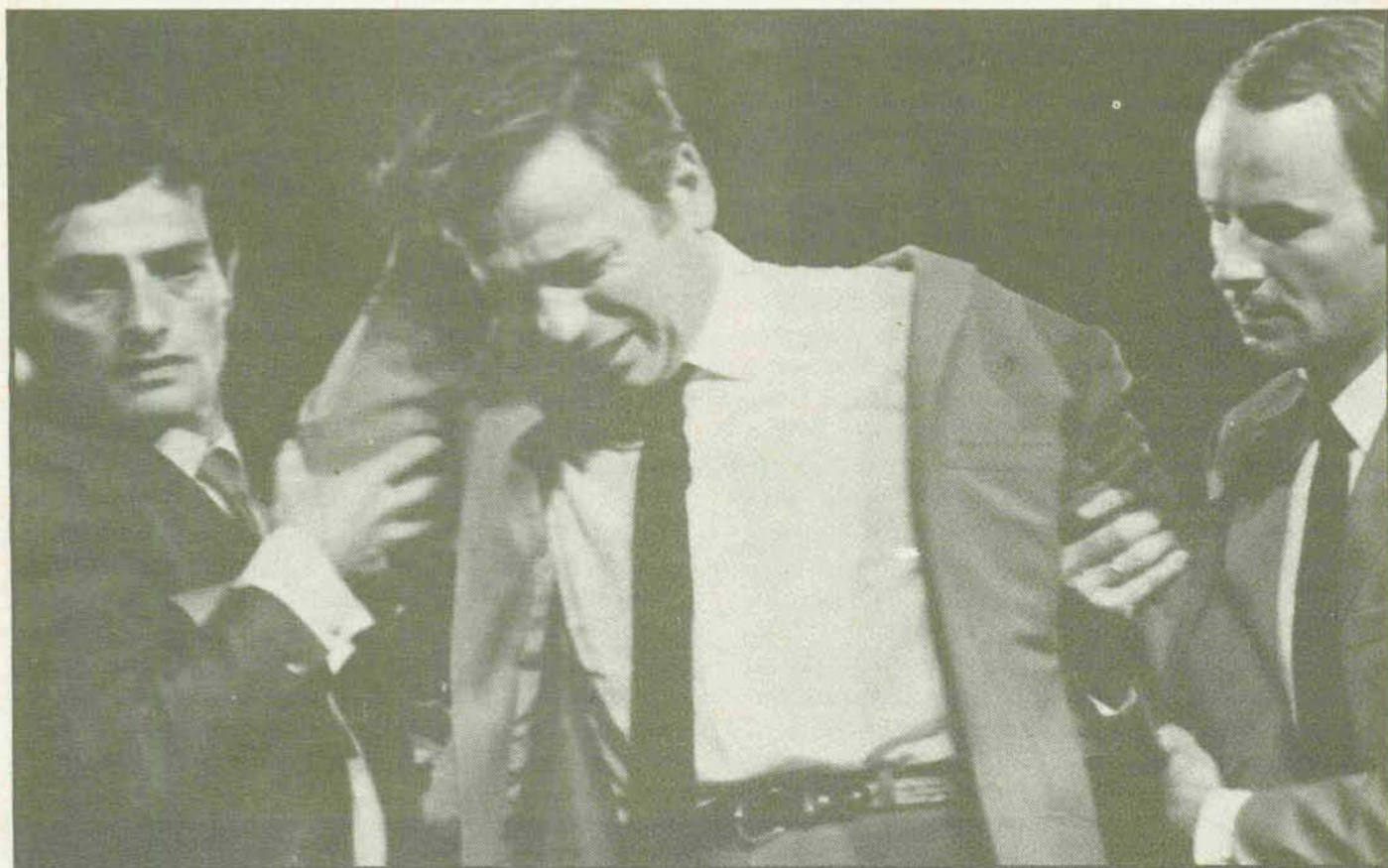


“Z”: ¿Por qué se asesina a un político?



Sin tratarse de una obra de interpretación histórica en sentido estricto, «Z» se basa en el asesinato del diputado griego Lambrakis por un comando de extrema derecha dirigido desde el poder. El film recoge así una de las agresiones, previa a la mortal, sufridas por el político.

Juan Antonio P. Millán

EL retraso con que llegan hasta nosotros determinadas películas ha planteado siempre graves problemas de interpretación. En el caso de «Z», tercer largometraje del greco-francés Constantín Costa-Gavras y primero de los escritos en colaboración con Jorge Semprín, esta cuestión resulta decisiva. Porque a lo largo de los ocho años que nos separan de su estreno internacional, la valoración de la película ha cambiado sustancialmente: presentada y premiada en el Festival de Cannes de 1969, «Z, anatomía de un asesinato político» fue acogida al principio con gran interés. El carácter relativamente innovador de su temática la convirtió pronto en modelo y cabeza de serie de lo que entonces se llamó «cine político» y el espectador español llegó a hacer de ella un pequeño mito, inaccesible mientras se mantuviese la censura franquista.

POCO a poco, la situación fue variando de modo radical. «Z» sería objeto de durísimas revisiones que la descalificaban desde diversos puntos de vista; el «cine político» (del que sí nos llegaban entre tanto muestras degradadas como «Confesiones de un comisario» de Damiani, «El atentado» de Boisset, etcétera) pasó a llamarse despectivamente «serie Z», el estreno manipulado de «La confesión» vino a oscurecer aún más la cuestión del sentido del cine de Gavras-Semprún y, en general, los sucesivos avances de la teoría y la crítica cinematográficas, más o menos asimilados en nuestro entorno, empezaron a jugar sistemáticamente en contra del film.

Con estos antecedentes, el espectador que accede hoy por fin a la visión de «Z» —mal distribuida y con un pésimo lanzamiento, como es habitual— podrá verse sorprendido por un relato ágil y sólidamente construido, dentro de un esquema de corte clásico, a partir de unos hechos históricos (el asesinato del diputado griego Gregorios Lambrakis, en 1963, por un comando de ultraderecha directamente vinculado al poder), a los que el film hace referencia directa y cuyas concomitancias con situaciones muy cercanas a nosotros le confieren un interés especial. Sin duda, aun desde esta perspectiva, «Z» presenta algunas deficiencias notorias, pero ¿cuáles son los motivos que deberían hacerla rechazable de plano? Siguiendo a sus detractores más rigurosos podríamos señalar tres tipos de ellos: 1) su utilización acrítica de unos mecanismos narrativos característicos de una de las corrientes más poderosas del cine dominante —el

«thriller» americano—, que la incapacitan para conseguir cualquier efecto distinto del establecido; 2) la banalización operada en el terreno de los histórico-político, en sentido fuerte, por un tratamiento que en última instancia viene a despolitizar los datos de partida, convirtiéndolos en simples engranajes de un relato (ficción) de aventuras; 3) el recurso constante y voluntario a procedimientos (elección de actores famosos, búsqueda de la identificación del espectador, predominio de la emotividad sobre la reflexión, carácter lejano de la localización de los acontecimientos narrados, etc.) que privilegian la comercialidad del producto en contra de su posible eficacia política... En síntesis, la vana ilusión de creer que basta cambiar los temas para hacer que un lenguaje y una estética dominantes produzcan un efecto opuesto al que les es propio.

Sería difícil negar lo que hay de validez teórica en estas formulaciones. Sin embargo, al aplicarlas a casos como el de «Z» es necesario efectuar algunas matizaciones importantes. Ante todo, porque estos postulados son fruto de una investigación sobre las posibilidades de un cine alternativo o militante, que habría de colocarse por principio al margen de los circuitos comerciales, buscando unas formas muy precisas de eficacia. Utilizarlos sin más como criterios de descalificación de una obra que se plantea de entrada a otro nivel supone un evidente abuso metodológico. En otros términos, lo que conviene revisar urgentemente es la calificación de «políticos» aplicada con precipitación a este tipo de films y



«Z» se propone mostrar, con la máxima accesibilidad, unos datos ejemplares, perfectamente reconocibles y capaces de motivar la reflexión del espectador. (Junto a estas líneas, otro de los momentos del ataque de los derechistas recogido en la película).

con la cual sólo se consigue olvidar que todos son políticos de hecho y suscitar unas expectativas sobre su eficacia que necesariamente habrán de verse defraudadas por la práctica. Quizás no fuera tan descaminada la polémica sugerencia de B. Amengual cuando proponía distinguir mejor entre films insurreccionales (militantes) y films simplemente cívicos, o de incitación y de denuncia, o de participación y demostración de unos hechos... Porque de lo que se trata es de definir con exactitud el campo concreto en que se sitúa una obra, sus posibilidades de alcance real y sus limitaciones.

En este sentido, la opción de «Z» queda delimitada por sí misma con toda nitidez y ha sido subrayada además por el propio Costa-Gavras con una expresión, por cierto, poco afortunada: «No se cazan moscas con vinagre». Es decir, frente a la adhesión incondicional de un público muy amplio hacia las formas narrativas convencionales —adhesión que es sin duda producto de un intenso proceso de manipulación ideológica, pero que no por ello deja de ser un dato objetivo ineludible— y frente al consiguiente rechazo masivo de las propuestas globalmente innovadoras —sobran los ejemplos de films excelentemente elaborados pero reducidos al ostracismo de los iniciados, lo cual debe llevar a un replanteamiento radical del concepto de «eficacia política» en cine—, «Z» se propone mostrar, con la máxima accesibilidad, unos datos ejemplares, perfectamente reconocibles y capaces de aportar al espectador un conocimiento abierto a ulteriores reflexiones.

Conviene aclarar que no se trata, desde luego, de una obra de interpretación histórica en sentido estricto. Se apoya en unos hechos concretos, siguiéndolos con bastante fidelidad —como demuestra la breve cronología que reproducimos—, pero los usa para construir una especie de parábola, una narración generalizable y hasta cierto punto pedagógica. Como indica el subtítulo, «Z» es la anatomía, no la etiología, de un asesinato político. A través de una doble mediación de los hechos brutos (la novela de V. Vassilikos y su propio trabajo), Gavras y Semprún componen un guión denso y que puede parecer prolijo, pero que responde en el fondo a una estructura coherente:

- 1) un breve prólogo, vagamente contextualizador (la reunión militar, en la que los representantes del poder afirman su decisión de exterminar cualquier oposición);
- 2) la fase de preparación y celebración del acto público de los «Amigos de la Paz», en la que se presentan al mismo tiempo las diversas fuerzas en conflicto y las «dramatis personae»;
- 3) el asesinato y las reacciones en los diferentes medios (militares, periodísticos, del propio grupo afectado, familiares, etcétera);
- 4) la investigación del crimen, en una doble perspectiva —legal y privada— que hace intervenir a los dos personajes que actúan como hilos conductores y, a la vez, como sujetos de identificación, más que el propio «Z»: el juez de instrucción y el periodista;
- 5) el desenlace de la investigación, que coincide con el clímax convencional, gratificante, en la detención de las altas jerarquías implicadas;
- 6) un segundo desenlace, definitivo, estructuralmente paralelo



Aspecto del «hall» del Palacio del Festival de Cannes con motivo de la proyección —en 1969— de «Z», que obtuvo para Jean-Louis Trintignant el premio al mejor intérprete. Al fondo, un cartel reclama libertad para Grecia.

del prólogo, con la información concisa de los resultados.

Si se aceptan los límites exactos que la película se impone, es necesario reconocer que «Z» alcanza holgadamente sus objetivos, merced sobre todo a la brillantez del guión y al dominio por parte de Costa-Gavras del tipo de cine que utiliza, sólo superado por él mismo en su obra posterior y más perfecta. «Estado de sitio», todavía no proyectada comercialmente entre nosotros. Habría que anotar, no obstante, que el tercero de los bloques citados es sin duda el más frágil y problemático, al incluir una serie de elementos exclusivamente emocionales que rompen el desarrollo de la historia (sobre todo por lo que se refiere al personaje de Elena, cuyo tratamiento vendría a hacer «lamentable» el asesinato por motivos tan poco válidos como la bondad de la víctima, el dolor de la viuda, etcétera). Aquí, como en toda inclusión de recuerdos personales y rasgos pintorescos, los autores parecen perder momentáneamente el pulso del relato, al querer «humanizar» a determinados personajes, mientras se acogen al esquematismo convencional para caracterizar a los «enemigos». En

contrapartida, el trazado de los personajes-conductores o la ruptura del climax espectacular mediante la inserción abrupta de la fría información final son logros decisivos de este serio intento de utilizar el cine comercial para difundir temas y desenmascarar a nivel informativo una serie de fenómenos cuya actualidad e importancia no es necesario subrayar.

Y si nuestra apreciación del alcance del film es correcta, el rechazo total al que aludíamos al principio sólo puede obedecer, en última instancia, a una de estas dos posturas: la convicción de que un film es capaz de desencadenar por sí mismo un cambio social o la decisión de que, puesto que el cine comercial está de hecho en manos de la ideología dominante, es preferible abandonar el campo por completo, dejando que ésta nos invada impunemente con sus mensajes hasta que surja una hipotética revolución de corte mesiánico. La ingenuidad y el idealismo absoluto de tales posturas sólo puede servir para revalorizar —sin mitificaciones— el papel limitado pero interesante que desempeñan películas como «Z» ■
J. A. P. M.

El caso Lambrakis*



Cuatro de los policías acusados de haber tenido participación en el asesinato del diputado Lambrakis. Las condenas decididas en el juicio contra los responsables fueron levantadas poco tiempo después, al producirse en Grecia el golpe de Estado de los coroneles.

22-V-1963: Gregorios Lambrakis, diputado por la Unión de Izquierda Democrática, preside en Saló-

nica un acto de protesta contra la instalación en Grecia de una base americana de cohetes Pola-

ris. Al salir, es atropellado por un motocarro.

Poco después, la policía detiene, por motivos ajenos al caso, al conductor del vehículo, Spiros Gotzamanis. Su acompañante, Emmanuelidis, será detenido algunos días más tarde.

23-V-1963: La versión oficial de la noticia, que habla de un accidente fortuito, provoca numerosas manifesta-

* Cronología resumida a partir de la que ofrecía Jacques Lacarrière en su introducción al guión de Jorge Semprún y Costa-Gavras, editado por «L'Avant Scène du Cinéma», París, 1969 (traducción castellana en Editorial Aymá, Barcelona, 1974).